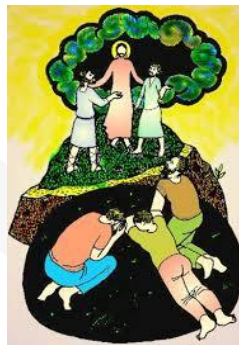


Emailgelio del 1 de marzo de 2026
Segundo domingo de Cuaresma – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Esfuerzo y gozo

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle”. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: “Levantaos, no temáis”. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos” (Mt 17, 1-9)



Tenemos un grado de satisfacción diferente cuando conseguimos algo con nuestro esfuerzo y trabajo que cuando nos lo dan todo hecho. En el primer caso, lo apreciamos mucho más. En nuestra vida existe como una balanza: en un platillo está el trabajo y el esfuerzo, y, en el otro, la felicidad y la satisfacción.

Si desequilibramos la balanza solo a favor del platillo del trabajo y el esfuerzo, y no ponemos nada en el de la felicidad y la satisfacción, el resultado es una persona insatisfecha, siempre descontenta y quejosa.

Si, por el contrario, todo el peso lo ponemos en conseguir lo que nos satisface en este momento, rehuendo el esfuerzo necesario para conseguir una meta, viene el vacío que lleva a la insatisfacción y a la infelicidad.

Esos dos platillos de la balanza aparecen en el evangelio. En la Transfiguración, escuchamos a Pedro decir entusiasmado: *¡Qué bien se está aquí!* Esta transfiguración se produce después del anuncio de Jesús de su pasión y muerte. Les había dicho a sus discípulos que tomasen la cruz para seguirle, pero también que esperasen su vuelta gloriosa.

Este episodio forma parte de la pedagogía de Jesús: **mostrar que el sacrificio, el esfuerzo, el trabajo y las renunciaciones no son por nada sino para llegar a la vida, para poder llegar a decir: ¡Qué bien se está aquí!** También el camino difícil de la cruz necesita de la esperanza, de la motivación que anima. **Al educar, no solo hay que exigir sino también motivar positivamente.**

Ver la vida solo desde el punto de vista del sufrimiento, sin espacio para la alegría, es recorrer el camino difícil sin meta; por tanto, caer en la amargura.

También existe el peligro contrario: Pedro se siente tan bien, gozando de la presencia de Jesús y de su conversación con Moisés y Elías, que quiere quedarse allí en lugar de volver a la lucha de cada día. Es uno de esos momentos que decimos que no tendrían que acabar nunca.

Pero **Jesús llama a levantarse y continuar el esfuerzo de cada día sin temor.** Se puede arruinar la propia vida, las relaciones conyugales y familiares, el trabajo y muchas cosas si solo se acepta lo que agrada y se rechaza lo que requiere trabajo, camino laborioso. Hay que conjugar el *¡Qué hermoso es estar aquí!* con el **Levantaos, no temáis.**

Emailgelio del 8 de marzo de 2026
Tercer domingo de Cuaresma – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Dame ese agua

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: "Dame de beber". (Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le dice: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva". La mujer le dice: "Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?". Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna". La mujer le dice: "Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla". Él dice: "Anda, llama a tu marido y vuelve". La mujer le contesta: "No tengo marido". Jesús le dice: "Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido". La mujer le dice: "Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén". Jesús le dice: "Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad". La mujer le dice: "Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando él venga nos lo dirá todo". Jesús le dice: "Soy yo: el que habla contigo". En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: "¿Qué le preguntas o de qué le hablas?". La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: "Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este el Mesías?". Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: "Maestro, come". Él les dijo: "Yo tengo por comida un alimento que vosotros no

Ignacio Itano sm

conocéis". Los discípulos comentaban entre ellos: "¿Le habrá traído alguien de comer?". Jesús les dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio 'Uno siembra y otro siega'. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores". En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: "Me ha dicho todo lo que he hecho". Así cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo" (Jn 4,5-42).

Es Jesús mismo quien siente sed y pide agua a la samaritana. Resulta algo inusitado. Se para a hablar con una mujer, lo que estaba prohibido para los judíos. Es una mujer pecadora, fulminada por la gente, especialmente por la que se consideraba de más clase que la gente vulgar. Para remate, era una samaritana, cuando los judíos y los samaritanos no se podían ni ver.

Jesús desafía los prejuicios y tabúes de su tiempo, inicia el encuentro y le pide de beber. Ante aquella mujer, tan frágil y por eso mismo tan despreciada, Jesús no se presenta con prepotencia. Al contrario, es un **Jesús fatigado, sediento, necesitado**. Dios se muestra frágil y sediento en Jesús. Jesús se fatigó como nosotros. **Aprendo así que el cansancio es humano, que es bueno y necesario sentarse a descansar**: que tiene que haber momentos gratificantes a lo largo de la jornada; que hay que agradecer la tertulia y el café, y la buena película y el partido o juego relajante; y las vacaciones en calidad; el sueño, siempre reparador. Jesús no se limitó a sentir la fatiga humana, sino que acoge y alivia a los hombres y mujeres fatigados. Por eso invita: "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré" (Mt 11,28). Venid a mí y descargad sobre mis hombros y mis espaldas vuestro peso, vuestro agobio, vuestra debilidad, vuestra preocupación. Descargad sobre mí todo lo que os cansa y os deprime. Yo seré vuestra fuerza y consuelo, vuestra esperanza y alegría.

La sed de Dios se encuentra con la sed de la mujer, con nuestra sed. El que pide de beber está listo para ofrecer un agua nueva y eterna que regenera y transforma la vida. La actitud y las palabras de aquel hombre cautivan a la samaritana. Esta mujer lleva en su corazón una historia de relaciones heridas. Jesús se va revelando al ritmo de las inquietudes que descubre en la mujer. **El misterioso maestro no la condena, sino que le habla con palabras nuevas que llegan hasta su corazón sediento de relaciones intensas.**

La mujer, tras el encuentro, anuncia a un "Mesías" que conoce sin condenar y que orienta la sed hacia las aguas que saltan hasta la Vida eterna. La samaritana será un símbolo del hombre que no consigue apagar su sed. Todo hombre está herido de insatisfacción: Vamos de un pozo a otro, de un bar a otro, de un mercado a otro, buscando nuevos productos para calmar la sed que nos tortura, pero al final seguimos con más sed. En la samaritana descubrimos sed de felicidad, sed de amor – iba ya por el sexto hombre –, sed religiosa, sed del Mesías, sed de Dios.

Jesús ofrece a la samaritana el agua viva... Se necesita una cosa: ir a Jesús, creer en Él, pedirle de beber. **Aceptar que Jesús es el Dios que te salva, que te ama, que está contigo. Aceptar su amor confiado y responder con amor confiado.** (Entresacado en gran parte del libro de Cáritas correspondiente a "Cuaresma y Pascua 2005").

Emailgelio del 15 de marzo de 2026
Cuarto domingo de Cuaresma – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Ver la luz

En aquel tiempo, al para Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)”. Él fue, se lavó y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: “¿No es ese el que se sentaba a pedir?”. Unos decían: “El mismo”. Otros decían: “No es él, pero se le parece”. Él respondía: “Soy yo”. Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos). También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: “Me puso barro en los ojos, me lavé y veo”. Algunos de los fariseos comentaban: “Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado”. Otros replicaban: “¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?”. Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: “Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?”. Él contestó: “Que es un profeta”. Le replicaron: “Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?”. Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del Hombre?”. Él contestó: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?”. Jesús le dijo: “Lo estás viendo: el que está hablando contigo ese es”. Él dijo: “Creo, Señor”. Y se postró ante él. (Jn, 9, 1. 6-9. 13-17. 34-38)



Cuando alguien persiste en un error a pesar de las recomendaciones, solemos decir: “está ciego”. Si al mirar nuestro pasado vemos algo que no debíamos haber hecho, también decimos: “entonces estaba yo ciego”. Solemos decir: “No hay peor ciego que el que no quiere ver”. Hay una ceguera distinta de la ceguera física: **es la ceguera del que cierra los ojos a la verdad, a la luz.**

En este evangelio, Jesús cura a un ciego de nacimiento y encuentra la oposición de los fariseos, que no quieren ver la verdad. Según el Maestro, **las cegueras que provienen del rechazo de la luz son peores que la ceguera física.** Conocer a Jesús, fiarse de Él y seguir sus pasos es abrir los ojos para ver de veras.

Aquel invidente de nacimiento empieza por notar la curación física de su ceguera. Esa curación suscita en él admiración y agradecimiento. No se deja vencer por los juicios, amenazas y violencias de los fariseos: para él, Jesús es, por lo menos, un profeta. Esa es su primera fuerte impresión.

Hay una segunda curación en un nuevo encuentro con Jesús. El hombre estaba desconcertado y no se explicaba por qué le expulsaban los fariseos. En medio de su desconcierto, aparece de nuevo Jesús: el antiguo ciego no había descubierto todavía del todo la luz. Pero quiere creer en lo que cree Jesús que Jesús le ayude a dar sentido a una vida que no sea un túnel sin salida, a tener una luz que ilumine. El célebre autor de “El Principito”, Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944), hace decir a uno de sus personajes: **“solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos”.**

Para el ciego curado, el *creo, Señor* significa que Jesús ha *iluminado* toda su vida. Creer en Jesús transforma nuestra mirada, nos da una visión nueva: la visión desde el corazón de Dios. Sin esa visión de Dios, nuestra mirada es pobre, miope, a veces angustiosa, porque nos vemos en un círculo cerrado. *Creo, Señor, me fío de ti y me confío a ti.*

Emailgelio del 22 de marzo de 2026
Quinto domingo de Cuaresma – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Muerte y vida

En aquel tiempo, un cierto Lázaro de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. (María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera: el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas le mandaron recado a Jesús, diciendo: “Señor, tu amigo está enfermo”. Jesús, al oírlo, dijo: Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Solo entonces dice a sus discípulos: “Vamos otra vez a Judea”. Los discípulos le replican: “Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?”. Jesús contestó: “¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero, si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz”. Dicho esto, añadió: “Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo”. Entonces le dijeron sus discípulos: “Señor, si duerme, se salvará”. (Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural). Entonces Jesús les replicó claramente: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado aquí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa”. Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: “Vamos también nosotros, y muramos con él”. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Sé que resucitará en la resurrección del último día”. Jesús le dice: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. Ella le contestó: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”. Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: “El Maestro está ahí, y te llama”. Apenas lo oyó, se levantó y salió a donde estaba él: porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aun donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía deprisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano” Jesús, viéndola llorar y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y muy conmovido, preguntó: “¿Dónde lo habéis enterrado?”. Le contestaron: “Señor, ven a verlo”.

Ignacio Itano sm

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: “¡Cómo lo quería!”. Pero algunos dijeron: “Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera este? Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba. (Era una cavidad cubierta con una losa). Dijo Jesús: “Quitad la losa”. Marta, la hermana del muerto, le dijo: “Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días”. Jesús le dijo: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?”. Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado”. Y dicho esto, gritó con voz potente: “Lázaro, ven afuera”. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadlo y dejadlo andar”. Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. (Jn 11, 1-46)

A la muerte de un ser querido, sobre todo cuando se produce en momentos o circunstancias inesperadas, puede invadirnos la sensación de que nuestras aspiraciones, **el anhelo por la vida no va con los intereses de Dios**. Como si lo que Dios quiere y lo que el hombre anhela fuesen por dos vías paralelas que nunca se encuentran.

Pero Dios ama la vida y llama a la vida. **Jesús, ante el amigo muerto, sollozó y estaba muy conmovido**. La muerte no le deja indiferente. Sus lágrimas por la muerte de Lázaro y por el sufrimiento de sus hermanas expresan su aflicción por el dolor de cada uno de nosotros y por el vacío que deja en nuestro corazón la muerte de una persona querida. Por eso, una oración en medio del sufrimiento puede ser: **“Señor, yo sé que esto te duele como a mí o más que a mí; sé que Tú me acompañas y me apoyas, aunque estoy en la oscuridad y me siento en la desolación”**.

Tu hermano resucitará, dice Jesús a Marta, y lo repite prácticamente a María. Realiza el gesto de resucitar a Lázaro, mostrando así que la promesa de **la resurrección no es una promesa vana sino una realidad que debe empapar nuestra vida y llenarla de esperanza**. Estamos llamados a la vida y, si confiamos, nuestra esperanza no se verá defraudada.

Pero la resurrección de Lázaro es solo un signo, no la realidad definitiva. Tiene un alcance limitado porque Lázaro seguirá teniendo enfermedades, contrariedades, sufrimientos, y terminará muriendo. Las obras “inmortales” – por su valor artístico, cultural, humano – están en constante riesgo de ruina, necesitan continuos cuidados, reparaciones, etc. para no ser destruidas por el tiempo. Los esfuerzos admirables de la humanidad por alargar la vida y por mejorar la calidad de vida no pueden impedir que, tarde o temprano, aparezca la muerte. **No hay ninguna persona ni obra humana que dure siempre**.

No hay realidad humana, por muy admirable que sea, como la resurrección de un muerto, que pueda expresar lo que es la resurrección definitiva y la superación de todo obstáculo a la felicidad.

Nosotros creemos en lo que dice Jesús cuando se dispone a resucitar visiblemente a su amigo Lázaro, pero como signo de una resurrección más radical y definitiva: ***Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre***. También a nosotros se dirige la pregunta de Jesús. **¿Crees esto? Nuestra respuesta es clave para comprender la vida y no desesperar ante la muerte**.

Mientras tanto, Jesús no tiene una actitud fría ante el dolor y la muerte. Con la resurrección de su amigo, nos está diciendo que quien cree en la *vida eterna*, en la resurrección definitiva, debe luchar también aquí a favor de la vida de los hombres y mujeres, intentar quitar todas las losas que les tienen sepultados en vida y desatar todas las vendas que les impiden andar dignamente. **Quien cree de veras en la vida eterna favorecerá todo signo de vida y de amor**.

Emailgelio del 29 de marzo de 2026
Domingo de Ramos – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Perseguido y crucificado por ser justo y bueno

En aquel tiempo, Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

- ¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús respondió:

- Tú lo dices.

Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los senadores, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

- ¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?

Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la Fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

- ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?

Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

- No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él.

Pero los sumos sacerdotes y los senadores convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús.

El gobernador preguntó:

- ¿A cuál de los dos queréis que os suelte?

Ellos dijeron:

- A Barrabás.

Pilato les preguntó:

- ¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?

Contestaron todos:

- Que lo crucifiquen,

Pilato insistió:

- Pues ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos gritaban más fuerte:

- ¡Que lo crucifiquen!

Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo:

- Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!

Y el pueblo entero contestó:

Ignacio Itano sm

- *¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía. Lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo:

- *¡Salve, rey de los judíos!*

Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz.

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: "La Calavera"), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo se repartieron su ropa echándola a suerte y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban lo injuriaban y decían meneando la cabeza.

- *Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.*

Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo:

- *A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?*

Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó:

- *Elí, Elí, lamá sabaktaní.*

(Es decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?")

Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron:

- *A Elías llama este.*

Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían:

- *Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.*

Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Ignacio Itano sm

Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados:

- *Realmente este era Hijo de Dios.*

(Mt 27, 11-54)

Jesús había proclamado: *Felices los que sufren persecución por ser justos y buenos, porque suyo es el reino de Dios.* No fueron meras palabras, sino que lo vivió en su propia carne. ¿Será por eso un masoquista que parece disfrutar en medio de la persecución y el sufrimiento?

Jesús no disfruta sufriendo ni quiere el sufrimiento para nadie. Lo que sucede es que él se ha propuesto ser justo, es decir según la Biblia, realizar lo que Dios quiere de él: liberar a la gente de toda esclavitud, también de la esclavitud de las conciencias que pretendían las autoridades religiosas de su tiempo. No podría encontrar su felicidad traicionando su vocación para conseguir una mayor comodidad sino **afrontando con fe y coherencia los obstáculos que se le ponían.**

Hoy día cristianos de numerosos países sufren persecución violenta o ven recortados sus derechos cívicos por tratar de ser consecuentes con su fe. Pero la cruz no es exclusiva de los que viven bajo un gobierno o en medio de una masa que no respeta la diferencia de creencias religiosas. En nuestro propio ambiente “podría parecer que ser ridiculizados, tener que soportar una sonrisa irónica o sufrir discriminación son persecuciones casi inofensivas comparadas con las persecuciones sangrientas; sin embargo, a menudo ejercen un efecto disuasorio mayor porque la gente prefiere estar equivocada, pero con la mayoría, antes que estar en lo cierto y sola” (González-Carvajal). Sin perder de vista que a veces **“perdonamos más fácilmente al que nos maltrata que al que nos desprecia, y a menudo amamos más los golpes que algunos reproches”** (Beato Chaminade, fundador de los marianistas).

Por otra parte, en la propia vida se pueden ir experimentando las pequeñas muertes cotidianas, que es preciso aceptar para madurar y finalmente vivir, dando “un específico sentido redentor a todo signo de muerte” (Cencini). Y esos signos se dan, desde la paulatina pérdida de fuerzas con el paso de los años hasta la enfermedad y la vejez, pasando por la soledad afectiva, la pérdida de personas queridas... **Depender de los demás sin avergonzarnos de tener necesidad, la liberación o transformación de muchas pretensiones e ilusiones, el tocar con la mano la fragilidad y precariedad de la vida pueden ser experiencias positivas,** aunque, en un momento dado, sean dolorosas. Nos hacen gozar del amor y amistad de tantas personas buenas. “En la pequeña muerte cotidiana empieza a cumplirse un misterio: la integración-transfiguración del mal llega a ser preludio de resurrección, para sí mismo y para los demás. Y la redención continúa”.

Pero no todo sufrimiento es positivo. Como dice Voillaume (1905-2003), “hay sufrimientos que no son cruces, sino pesos insoportables que aplastan al hombre; hay sufrimientos que reprimen e incitan a la rebelión. Estos sufrimientos son un mal, un escándalo, como el pecado”.